

MARÍN CEBALLOS, M.^a C.; BELÉN DEAMÓS, M. y JIMÉNEZ FLORES, A. M.^a (coords.) (2022): *La cueva santuario de es Culleram (Ibiza)*. Spal Monografías Arqueología, XLVII. Sevilla: Univ. de Sevilla, 399 pp. ISBN: 978-84-472-2424-1.

Es éste un libro largamente esperado, y no solo por el tiempo que se ha empleado en completarlo, me consta, sino por la importancia del lugar. Que un yacimiento como es Culleram¹, descubierto para la ciencia en 1907, careciese aún de un estudio en profundidad era algo difícil de entender. Ahora, bajo la magistral dirección de M.^a C. Marín Ceballos, tenemos a nuestra disposición una voluminosa y completa monografía del que es, sin duda, uno de los santuarios púnicos más destacado del Occidente mediterráneo.

La obra es canónica, en todo el sentido de la palabra. Se trata de un estudio completo del yacimiento, con los apartados que cabe esperar: introducción, historia de la investigación –con muchas vicisitudes, como veremos–, los materiales –cerámica, metales, *varia*, pero, sobre todo, las terracotas–, valoración e interpretación y conclusiones. Los objetivos están claramente definidos desde las primeras páginas, en una presentación breve, pero útil y necesaria. En ella se exponen no solo el desarrollo del largo proceso de investigación, sino también algunas de las dificultades encontradas, como por ejemplo el problema de la atribución dudosa de

¹ La cambiante y a veces caprichosa ortografía de la lengua catalana hace que la cueva de es Culleram haya conocido a lo largo de más de un siglo diferentes transcripciones de su nombre. Los topónimos sucesivos han sido Es Cuyeram (Pérez Cabrero, 1911), Es Cuyram (Aubet, 1968), Es Cuieram (Aubet, 1982), es Cuieram (Tarradell-Font, 1975) y ahora es Culleram. En cuanto al origen del nombre, no parece haber una explicación satisfactoria de momento. Podría venir de ‘cullera’ (cuchara), por los numerosos fragmentos de cerámica, o de ‘cuero’ (cuero), ya que sería ‘conjunto de cueros’ o corambre, aunque aquí no está claro el porqué. No parece, en efecto, el mejor lugar para secar y preparar pieles de animales. La utilización tardía de los fragmentos de cerámica, en particular los de las terracotas acampanadas, como utensilios para comer es sugestiva, pero nada más. Véase el comentario de J. A. Zamora en el cap. 10, p. 297, n. 4.

algunas piezas –que podrían ser del Puig des Molins; *cf. infra*–. Se cierran estas primeras páginas con unas líneas en las que se hace constar el respeto y la admiración de las coordinadoras por la labor de M.^a E. Aubet, que compartimos sinceramente los que nos dedicamos al estudio del mundo feniciopúnico.

El capítulo 1 está redactado por J. H. Fernández, director del actual Museo Arqueológico de Ibiza y Formentera durante muchos años, y, sin duda, el mejor conocedor de la historia de la investigación en la isla. Sus páginas, además de constituir un atractivo relato de los avatares de la arqueología isleña en lo que se refiere al yacimiento, son fundamentales a la hora de entender la dispersión de los materiales de es Culleram. En efecto, las diversas intervenciones en la cueva a partir de 1907, y sobre todo el saqueo casi sistemático del lugar a partir de esa fecha, explican la falta de contexto de una buena parte de los hallazgos y su conservación en un gran número de museos y colecciones particulares, éstas sin duda más numerosas que las recogidas en esta obra. La minuciosa y casi detectivesca labor de seguimiento e identificación de los materiales es realmente meritoria, y le permite al autor incluso desechas falsas atribuciones al yacimiento de terracotas que en realidad proceden de otros yacimientos.

No cabe escandalizarse hoy de aquellos avatares, bastante habituales por otra parte en esa época, en la que las leyes permitían a los excavadores que pagaban con su dinero –y eran muchos– quedarse con las piezas que estimasen oportunas. Como bien se recuerda, hubo que esperar a la Ley de Patrimonio Histórico de 1985, ley que debemos sobre todo al inolvidable Manuel Fernández Miranda, para tener una normativa clara en todo lo que concierne al desarrollo de las excavaciones.

Los dos siguientes capítulos son obra de otro reconocido especialista de la arqueología ebusitana, J. Ramon. En el cap. 2 refiere minuciosamente la intervención realizada en la cueva por él mismo en 1981, que es la última de carácter científico que ha tenido lugar –¡hace más de 40 años!–. Aunque el objetivo era hacer una limpieza y acondicionamiento del lugar con motivo del 75 aniversario de las primeras excavaciones, en realidad hubo resultados

mucho más interesantes, en particular la obtención por fin de una planimetría real y fiable, plantas y alzados. Y, además, se pudo recoger una cierta cantidad de material de gran interés, como veremos enseguida. Conocer con ciertas garantías el aspecto real de la cueva, ahora y en el pasado, resulta de gran importancia para el planteamiento de hipótesis sobre su significado y posible funcionamiento.

El siguiente capítulo, relativamente breve, es, sin embargo, fundamental, ya que aporta la base de los materiales que sustentan la cronología de frecuentación del lugar. Ya en los trabajos de Almagro Gorbea y de Fortuny de los años 60 se adelantaron algunas de las producciones cerámicas comunes, ignoradas como era habitual por los primeros excavadores. Ramon ofreció más material indicativo tras la campaña de 1981, pero es ahora donde dicho autor retoma la totalidad de los elementos vasculares disponibles.

Platos y cerámica de cocina constituyen la mayoría, en particular estas últimas, las ollas y cazuelas destinadas a preparar los alimentos, que es lo que cabe esperar en un santuario como éste. Los otros son pequeños recipientes que sirven para depositar las modestas ofrendas en forma de alimentos: pastelillos, frutos, además de las más importantes de carne y pescado. En su mayoría son producciones ebusitanas, las importaciones –cerámicas de barniz negro campanas– constituyen el 25 % de la vajilla, pero mucho menos del total, lo que parece indicar una elección en función del rito. Esos objetos exógenos sí pueden usarse en los rituales funerarios, pero se utilizaron menos aquí. Son esferas religiosas distintas o simplemente ofrendas más modestas para ritos más frecuentes.

La presentación y el estudio de las terracotas constituye obviamente el meollo de esta obra. El exhaustivo catálogo recoge un total de 1155, de las que 1022 pertenecen a las figurillas acampanadas que han hecho célebre el yacimiento y el resto a tipos diversos. No son, como se subraya, todas las que sin duda pudieron recuperarse a lo largo del tiempo en el yacimiento, pero son el resultado de la fatigosa y larga búsqueda a través de museos y colecciones particulares. Las tres autoras de esta sección

explican en detalle cómo se partió de la valoración de las anteriores tipologías –C. Román, J. M.^a Mañá de Angulo, M.^a E. Aubet, M.^a J. Almagro y M.^a P. San Nicolás– para decidirse, por fin, por utilizar, eso sí completándola, la de Aubet por ser la más apropiada y operativa. No cabe detenerse en el detalle, pero sí debemos subrayar la minuciosa presentación de los diferentes tipos, acompañada de unas fotos de gran calidad y los bellos y prácticos dibujos de E. Conlin. También es muy completo el estudio iconográfico, desde los tocados hasta las joyas pasando por los vestidos y los símbolos que aparecen en éstos.

Siendo muchos menos numerosas, las demás terracotas reciben también la merecida atención, destacando el apartado dedicado a los pebeteros en forma de cabeza femenina –grupo sobre el que las autoras ya habían publicado importantes estudios, dada su presencia recurrente en todo el ámbito púnico–.

No menos importante y de utilidad resulta el anexo que incluye todas las fichas completas de cada fragmento, que suman más de 2000 imágenes y se puede descargar de una página de la Univ. de Sevilla.

Diferentes capítulos cortos, aparentemente menores, nos presentan una variedad de objetos hallados en la cueva. Y, sin embargo, son tan importantes como los demás, pues completan una visión mucho más amplia de lo que fueron las ofrendas, pero también de la frecuentación digamos rutinaria del lugar. No siempre se iría allí en ocasiones señaladas, como durante la primavera avanzada según indican los restos de los jovencísimos corderos sacrificados, a cumplir con ritos complejos y tal vez costosos, como pueden sugerir los medallones de oro y otros objetos de prestigio.

Visitas puntuales que conllevan el depósito de ofrendas alimenticias, pero también de simples elementos metálicos, aros de hierro y otros utensilios. Cabría destacar aquí el muy amplio y detallado capítulo –tal vez excesivamente largo en el marco de este volumen– dedicado a los elementos asociados a la pesca, particularmente las pesas de plomo. La revisión de B. Costa y R. Marlasca analiza

detalladamente estos objetos, restos palpables de las redes utilizadas por los pescadores de la zona, que debían de constituir una parte no desdeñable de la población de Sa Cala.

Esas visitas también nos han dejado monedas, la mayoría seguramente modestas ofrendas, aunque no hay que descartar algún extravío involuntario o incluso el pago en metálico por algún sacrificio. El minucioso trabajo de M. Campo, la sistematizadora de la ceca ebusitana, queda recogido en el breve, pero importante, capítulo. En efecto, la numismática sirve para apoyar la cronología de frecuentación de es Culleram deducida de las cerámicas y de la epigrafía.

El capítulo 10 es otra de las aportaciones notables al presente volumen. Y es que la plaquita de bronce, descubierta ahora hace justo cien años, constituye uno de los documentos más largos y estudiados de la epigrafía fenicio-púnica en España. Por eso, el estudio de J. A. Zamora ofrece de manera condensada –nos promete una publicación más detallada– una presentación remozada y clara de los ya clásicos textos, con unas nuevas hipótesis de gran interés. Destacaríamos la propuesta de leer en la primera cara de la placa ‘lugar’ en vez de ‘santuario’, con las consecuencias que ello tiene para la interpretación del yacimiento, y también la transcripción de una palabra de la cara B que denotaría que la reforma o renovación a la que se alude podría ser la de un muro perimetral del santuario, un límite o *temenos* por usar la terminología griega. Igualmente interesante es la idea de que el símbolo que aparece inciso en un grupo de terracotas –del tipo 14 en la clasificación de M.^a E. Aubet–, destacado pero reducido, fuese un monograma que uniese dos grafemas, una *gimel* y una *dalet*, leyéndose así *gd*, de nuevo *Gad*, que aparece en la tableta y que, en su cara B, el autor interpreta como epíteto de *Tinnit*.

Tres capítulos conclusivos ofrecen la valoración de las autoras sobre los posibles ritos desarrollados en la cueva, sobre la divinidad principal y sobre la cueva en sí misma como santuario en su contexto histórico. En apretada síntesis, es Culleram sería un santuario parcialmente construido, aprovechando una pequeña cueva natural, en uso como tal a partir

del s. V a. C., pero frecuentado, sobre todo, en los ss. III-II a. C. Estaría dedicado, al menos en esa segunda fase, a la diosa *Tinnit*, a quien se ofrendarían sacrificios y presentes, en particular un tipo especial de terracotas acampanadas representando a la divinidad y con escasos paralelos fuera del mismo santuario.

Tal vez sea oportuno matizar algunas de las consideraciones contenidas en esta última parte del libro. En primer lugar, se insiste varias veces en que es Culleram de ninguna manera fue un santuario dedicado a una diosa marina, aunque casi al final se matiza su carácter marino “como centro de devoción marinera” (p. 349). El hecho de que no sea visible desde el mar no impide que la cueva pudiese ser un lugar frecuentado por marineros y no solo por los pescadores de la zona. En efecto, cualquier nave procedente del este se encuentra con la cala San Vicente como primer lugar de fondeo, una amplia ensenada bien protegida de casi todos los vientos y con agua abundante –la había hasta hace escasos años–. El santuario era conocido sin duda, y situado como está a 1200 m de la cala y a 20 minutos de marcha, en un lugar de fácil acceso, su visita resultaba realmente sencilla.

Por otro lado, al mencionar el conocido hipogeo de Can Pere Catalá, ubicado casi al pie de la cueva, se cita la fantasiosa hipótesis de A. Planells de que podría tratarse de la tumba de un sacerdote o sacerdotisa. Aunque las autoras la rechazan, no dejan de encontrar extraña la presencia de semejante estructura con su rico ajuar en un lugar poblado por “campesinos y pescadores” (p. 325). Esa visión no tiene en cuenta un dato importante: ya hace mucho que ha quedado claro que la organización de los espacios rurales de la isla recae en una clase pudiente que vive y se entierra en el campo, como demuestran las numerosas necrópolis rurales conocidas, siendo la llamada de Cala d’Hort, junto a la granja de Can Sorá, el mejor ejemplo. Algunos de sus hipogeos y de sus ajuares pueden competir en riqueza y variedad con muchos de los que se encuentran en la necrópolis urbana del Puig des Molins.

Cabe una última reflexión sobre es Culleram y su contexto. Aunque se aborda brevemente, la

cuestión del papel de éste y otros santuarios en el territorio ebusitano hubiese merecido, sin duda, un tratamiento más detallado. Con una *chora* bien definida, que era la propia isla, la ciudad de *Ibosim* controló durante más de seis siglos su territorio y, al igual que todos los poderes urbanos de su tiempo, utilizó para ello los santuarios, entre otras estructuras. La existencia de lugares sacros como S'Era des Mataret, Cap d'Es Llibrell, Illa Plana, Puig d'en Valls y otros, mejor o peor conocidos, sirve para enmarcar perfectamente es Culleram, a pesar de sus singulares ofrendas, en el sistema político-religioso de la urbe.

El volumen se cierra con una muy completa bibliografía que ocupa más de 40 pp., de gran utilidad e interés para otros investigadores, y prueba del intenso y profundo trabajo desarrollado por todo el equipo.

Solo podemos finalizar estas líneas felicitándole por su gran labor y por el resultado plasmado en

este libro, que se puede leer con gusto de un tirón, pero que quedará sobre todo como un instrumento de trabajo, como una de esas obras a las que hay que volver regularmente por la riqueza del material bien presentado y estudiado, por los 'estados de la cuestión' ofrecidos, por la minuciosidad con la que se trata de los objetos considerados más modestos. Está llamado a marcar un hito en la arqueología de Ibiza, por supuesto, pero también en el estudio del amplio campo de la religión fenicio-púnica y naturalmente de la diosa *Tinnit*, o tal vez *Tanit*, como algunos preferimos seguir llamándola.

Carlos Gómez Bellard

Dpt. de Prehistoria, Arqueología i Historia Antiga
Facultad de Geografía e Historia
Univ. de Valencia
Avda. Blasco Ibáñez, 28
46010 Valencia
Correo-e: bellard@uv.es